

barcan para aquella jornada. Vino orden de su majestad para que la Audiencia gobernase, por ausencia de el marqués, hasta la venida de nuevo virrey a la tierra. Dilatóse la partida de el marqués por causas que la detuvieron y porque en España parecía no haber buen despidiente para enviar con brevedad virrey a la tierra; fue hecho el nombramiento en don Luis de Velasco, que había vuelto de los reinos de el Perú y estaba en esta Nueva España y así llegó la cédula de él por junio de el año de 1607, cuando el marqués estaba haciendo las últimas provisiones de su gobierno, para partirse al cumplimiento de su jornada, a la promoción de su nuevo oficio. Comunicáronse el marqués y don Luis y de acuerdo de entrambos se hicieron, y fuese el marqués la vuelta de el puerto.

Como los cargos y provisiones se publicaron, algunos de los que no tuvieron suerte en ellos y que la deseaban, como agraviados, hicieron junta hasta cuarenta en número y firmaron una petición y la presentaron en acuerdo, querellándose de el marqués y diciendo que quitaba los cargos a los beneméritos, procediendo contra los que su majestad mandaba, y se los daba a los indignos, nombrando algunos de los que habían salido nombrados. Recibióse mal esta petición en el acuerdo y proveyóse que acudiesen a su majestad a pedir justicia. Súpolo el marqués, que a la sazón estaba en la villa de Quauhnahuac, doce leguas de esta ciudad; quiso volver, movido de el enojo que esta demanda le había causado, pero reprimió la cólera y pasó adelante, por buen consejo que tuvo, y envió su queja al Real Consejo, en el cual se proveyó que fuesen presos y castigados los de el motín; y se mandó, que de allí en adelante, los cargos se proveyesen en las personas que viese el virrey que convenía, sin atender a cédulas que dicen sean hechos en hijos y nietos de conquistadores, como hasta entonces estaba mandado.

*CAPÍTULO LXIV. De la jornada y nuevo descubrimiento que el capitán Pedro Fernández de Quirós hizo a la parte austral e incógnita, en este año de mil seiscientos y cinco, en demanda de las islas que llaman de Salomón*



DESEANDO LA MAJESTAD DE FELIPE TERCERO dar fin a la jornada y descubrimiento, que a las remotas partes de el austro comenzaron Hernán Gallego y Álvaro de Mendaña, en diferentes tiempos y en el de Felipe Segundo, su prudente padre y rey nuestro, y juzgando que por orden divina se había venido a las manos la ocasión presente, dándose por servido que el capitán Pedro Fernández de Quirós le hiciese ir en persona a dar clara noticia al mundo de la grandeza de tan ocultas provincias y apartadas regiones, al cielo almas y a la corona de España reinos, le dio comisión bastante y plena para que en su nombre tomase del puerto de la ciudad de Lima de el Perú dos navíos, los cuales escogió convenientes para semejante efecto y orden. Asimismo mandato expreso al conde de Monte-

Rey su virrey que entonces era de aquellos reinos, para que sin dilación le mandase proveer de lo necesario para su viaje y partida. Despachado pues de la corte el capitán Pedro Fernández de Quirós, con las más honrosas cédulas que del Consejo de Estado han salido y no con menor despacho de la corte romana, siguió su camino hasta llegar a la ciudad de los reyes, donde después de haber presentado sus papeles al conde, comenzó a dar principio al nuevo trabajo, poniendo en olvido los que en once años, con tanto sufrimiento, en demanda de tan ilustre obra había pasado. Hicieronse, para esta jornada, dos navíos y una zabra y gastáronse en su fábrica algunos meses, quedando los más fuertes y artillados que se han visto en entrambos mares. Y el día de Santo Tomé apóstol, veinte y uno de diciembre de mil seiscientos y cinco años, después de haber ganado en el monasterio de San Francisco de el Puerto un particular jubileo que la santidad de Clemente Octavo concedió al dicho capitán, a petición suya se embarcaron todos, a hora de vísperas, con bien diferentes deseos de los que tenían muchos que en las playas los miraban condolidos, a su parecer, de su temprana muerte; pues ofrecían las vidas donde el peligro era tan cierto y la salida tan dudosa, por haber de dar vuelta al mundo, arribando a España por la India oriental, descubriendo primero, como principal intento suyo, las tierras incógnitas del austro, de camino la Nueva Guinea, hasta llegar a la China, al Maluco y las dos Jabas, mayor y menor y todas las demás famosas islas, abundantes de plata y oro y piedras y especería, notando de temerarios a los que iban, atribuyendo casi a desesperación este pensamiento.

Embarcados, pues, y hecha la visita por Juan Colmeno de Andrada, almirante general de la Mar de el Sur y los oficiales reales, largó la capitana el trinquete, con alegre y acostumbrada saloma, aunque el ruido de la artillería, que en el mismo tiempo se disparaba, no dio lugar a oírse; cubrióse el aire y cielo de humo; pero en breve espacio deshecho se vieron tremolar las banderas, así las de los toques con las armas reales, como las de las popas, que eran blancas y azules, todas llenas de ondas con una cruz colorada, que las atravesaba por medio y en uno de los brazos de las cruces un rótulo, con letras blancas, que decía: *En sólo Dios va puesta mi esperanza*. Llevaba tendido la capitana, junto a la suya, el estandarte real de damasco carmesí, con frisos de oro y por entrambas partes un devoto crucifijo, en cuyo pie se veía una corona de oro con las armas de España; a una parte estaba la imagen de la virgen de Loreto (a cuyo famoso templo fue peregrino el capitán de esta armada, a pedirle tomase a cargo tan importante jornada). Iba también el príncipe de los apóstoles, con una letra que subía desde él al crucifijo, que dice: *Tu es Christus, Filius Dei Vivi*. Tenía los pies, el santo, sobre un globo o mundo, y en un inmenso mar que en él se veía estaban, no con pequeño primor, pintadas nuestras famosas naves; notándose en esto que pues Cristo hizo a Pedro cabeza y columna de la Iglesia, lo fuese también de tan inmenso número de idólatras, como en aquellas remotas y apartadas provincias estaban sepultados en las tinieblas de la ciega gentilidad.

Dejaron, pues, el puerto, deseosos de emplear las vidas en servicio de Dios y de la real majestad. Fueron en esta jornada seis religiosos de la orden de San Francisco, por cuyo comisario fue el padre fray Martín de Munilla, varón de religiosa vida y singular ejemplo y gran predicador que, deseando emplearla bien por parecerle que en ninguna obra la gastaría mejor, se dispuso con espíritu celoso de la honra de Dios y provecho de aquellas almas, acompañado de animoso brío, aunque el trabajo de la navegación era ajeno de su edad, a tan hazañosa obra, dejando voluntariamente las pretensiones de cargos que diversas veces en su orden había tenido. Llevó consigo al padre fray Mateo de Vascones y fray Juan de Merlo y a fray Antonio Quintero, sacerdotes y dos legos, fray Francisco López y fray Juan Palomares. Apartados, pues, de la tierra, tendieron las velas de gavia y cebaderas por el golfo de nuestra señora de Loreto (que este nombre le dieron), navegando en demanda de su viaje al oesudeste, hasta los veinte y cinco de diciembre, en cuya noche hubo alegres luminarias y cohetes y el día salva de toda la artillería, que dio no pequeño contento. Lo mismo se hizo la Pascua de Reyes, por celebrar la fiesta de la zabra, que era su nombre. Así fueron navegando, aunque a veces con diferentes vientos, pero con deseo de ver tierra, hasta los veinte y seis de enero, que como a las tres de la tarde se descubrió una isla a la vuelta de el su- dueste; era pequeña, como de cuatro leguas de redondo, toda rasa e igual con el agua, de poca arboleda; porque la mayor parte era playa; tenía mucho fondo, tanto que, con llegar bien cerca, no se pudo tomar sonda y visto ser inhabitable y sin puerto, siguieron su viaje, la vuelta del oeste, hallándose en este paraje de la costa de el Perú, mil leguas justas y en altura de veinte y cinco grados.

Así, pues, navegaron dos días, dándoles algunos aguaceros, y al tercero, amanecieron cerca de otra, habiendo la tarde antes visto muchos pájaros (clara señal de tierra), prolongáronla por la banda del sur y juzgóse que podía tener doce leguas; era llana, por lo alto, y pareja; era también sin fondo, aunque la zabra, casi en la rebentazón del mar, surgió en veinte brazas; pero por la popa no halló fondo en doscientas; a cuya causa el capitán mandó cazar a popa la vuelta de su camino, hasta cuatro de febrero que se hallaron cerca de otra isla, que para ser de tan poco provecho les hizo harto daño, pues la noche antes la pasaron bien trabajosa, de mar en través, porque la fuerza del viento era tanta que no les dio lugar a correr, siquiera con los trinquetes y así se quedaron de mar en través. Cerró la noche y a poco rato se levantó, al nordeste, un negro y espeso nublado, enderezando su camino a las naos con tanta presteza y furia que les obligó a todos a buscar remedio al daño con que amenazando venía. Recibiéronle las naos, inclinándose a las bandas. Alborotóse el mar, que parecía querer tragarlos. Los relámpagos, que por el aire atravesaban, parecían dejar los cielos rasgados. Fue grande la tempestad y muchos y muy grandes truenos; y cayeron tres rayos que los pusieron en no pequeña confusión, no dejando el agua, que de el cielo caía, de ofenderlos con espesa y gruesa lluvia; arrojando, de cuando en cuando, torbellinos de viento, que el menor mal

que de esto esperaban era llevarse por delante los árboles. Encendiéronse faroles y linternas en los castillos para que pudieran verse los navíos; y no cesando, por esto, de oírse temerosas voces de la gente del mar que decía: aparta, a orza, arriba, temiendo encontrarse; todo era priesa, sobresalto, confusión y pena, por ser la noche espantable y la determinación incierta; porque decían unos, demos vela; otros, pruébese la bomba, calemos los masteleos, amainemos velas, teniendo a punto y apercebidos los machetes y hachas y toda la gente en vela; al fin todo era tribulación y angustia, aunque la mayor era no saber de cierto si había seguridad en el sitio donde las naos estaban.

El padre comisario, con una cruz en las manos, pasó de claro la noche, conjurando los tiempos; allí, según dicen marineros, apareció San Telmo, al cual con grande devoción saludaron tres veces. Pasó al fin la noche que por ser tan espantosa y confusa, la juzgaron por muy larga, fiados (después de Dios) en la fortaleza y bondad de los navíos. Venido el deseado y siguiente día, vieron ser la tierra una isla, que aquí pareció bojeaba treinta leguas; y por medio anegada y cercada de un paredón de arrecifes; parecía coral de mar, no se halló fondo, ni puerto en ella, aunque se buscó con cuidado para provisión de agua y leña, de que ya iban faltos. Acordóse dejarla, por ser tan inútil, siguiendo su derrota; y otro día dejaron otras cuatro islas parejas en las presencias y partes, y pasaron con las proas cortando al oesnorueste, en demanda de otra isla que mostraba estar distante cuatro leguas. Llegaron a ella y juzgaron tener como diez en redondo, córrese de norte sur; pasaron adelante, por ser como las demás infructuosa, descubriendo otra que corría al oesnorueste; hicieron lo mismo, porque imitaba a las otras, hasta ponerse a vista de una isla la vuelta de el nordeste, un día a el amanecer, nueve de febrero; pasaron adelante, dejándola por barlovento, estando en altura de diez y ocho grados y dos tercios; pasaron el día con algunos aguaceros, hasta que el siguiente, desde el tope mayor de gavia, con no pequeña alegría y general regocijo, dijo a grandes voces un marinero: tierra por la proa; pero la causa principal de su alegría fue ver que despedía, por diversas partes, levantados humos (clara señal de ser habitada); allí parece que los disgustos y trabajos de la navegación pasada cesaron, y apenas había quien tuviese de ellos memoria, con la dichosa nueva confirmada por todos los que la vieron; mandó el piloto mayor ir a tomarla; enderezaron a ella las proas por la banda de el norte, pero no hallándola puerto, la capitana se tendió a el mar para montalla, mas aunque hizo diligencia no pudo; y así cazando a popa la cogió de enfrente, ordenando que fuese la zabra a buscar puerto, quedándose con la almiranta barloventeando a su vista. Llegada la zabra cerca de tierra dio fondo en diez brazas sobre Mucaras. Entre tanto, nuestro capitán ordenó fuesen las barcas a tierra con cuarenta soldados, yendo con ellos Pedro López de Sojo, su alférez y el sargento Pedro García de Lumbreras. Llegados que fueron a la rebentazón de el mar vieron en lo enjuto de las playas cómo cien indios que alegres los hacían señas; pero era imposible saltar en tierra, porque la mar batía con tanta fuerza en los peñascos que no dejaba en

ninguna manera acercarse aunque lo procuraron diversas veces, no con pequeño riesgo de que alguna barca zozobrase, entrando por todas partes golpes de mar que los cubrían, mojando algunos de los nuestros arcabuceros que les hacía notable daño.

CAPÍTULO LXV. *Que prosigue la jornada y descubrimiento de las islas y tierras de la parte austral y mediodía*



ISTO PUES EL POCO REMEDIO DE SALTAR EN TIERRA determinaron volverse con harto pesar y tristeza de no poder cumplir su deseo y más de no poder traer a la armada las nuevas que deseaba tanto, así de puerto (porque aunque la zabra había surgido, estaba en gran peligro por ser toda piedra y poco abrigo) como de agua, de que llevaban sobrada necesidad y de el trato de la gente; ya volvían atrás los barcos, en demanda de los navíos, con el pesar que hemos dicho, cuando con valeroso ánimo (no estimando el peligro) se levantó en pie Francisco Ponce, mancebo orgulloso y valiente, natural de Triana; y culpando la vuelta con determinación, sin ver nada se desnudó a gran priesa, diciendo que si al primer peligro que su suerte les ofrecía huían el rostro, que qué esperanza podía haber de salir con victoria en los venideros; pues era fuerza en tan apartadas regiones, tan lejos de la patria, en puertos no conocidos, mares no navegados y entre gentes bárbaras, haber de pasar algunos, que él se determinaba, aunque el mar le hiciese pedazos en las peñas, llegar a tierra y procurar la paz con los indios pues era de tanta importancia el hacerlo. Dichas estas palabras se arrojó por la popa de la barca a el agua, encomendándose a Dios, con un rosario a el cuello, y en breve espacio llegó donde el mar con furioso ímpetu batía en los peñascos; y asiéndose con fuerza de uno, salió arriba, aunque con cuidado de los bárbaros, que agradados de la determinación de el mancebo, salieron a recibirle, abrazándole con muestras de mucho amor y besándole a menudo en la frente, haciendo el español lo mismo, por pagarles su voluntad y caricias.

Visto el animoso hecho de el español por los nuestros, queriendo imitarle, se arrojó también a el agua Miguel Morera, natural de Ayamonte y otros dos marineros de el batel de la almiranta, arribando a tierra con el propio riesgo, donde fueron de los indios recibidos con el mismo gusto que los primeros. Traían en las manos los valientes bárbaros lanzas de palo grueso y tostado, de veinte y cinco, hasta treinta palmos de largo los unos; y los otros macanas, hechas de madera de palma; y otros bastones gruesos. Tienen su habitación en casas pajizas, a la orilla de el mar, entre las palmas, de que hay grande abundancia, sirviéndoles su fruto de comida y algún pescado de el mar; viven desnudos, son de color mulatos; pero bien hechos de miembros y bien agestados, Trataron con ellos los nuestros, por señas bien entendidas, que se viniesen algunos a los navíos, donde se-